

sias y sidrerías en los puntos más concurridos y alumbrados de alamedas y boulevares.

Pero mientras llegue este fausto día, nos contentaremos con describir el interior de una sidrería ó *sagardegui*.

Echémonos á la calle, pio lector, y vayámonos al azar.

Es de noche, pero el olfato nos servirá de guía.

¿Sentiste un escozor en la membrana pituitaria, estornudaste lector benévolo? pues detente; por aquí debe haber alguna sidrería.

En efecto, ese nuevo estornudo te lo corrobora, lector magnánimo,

Un confuso rumor de voces sale por debajo de una casa, envuelto en densas bocanadas de estancias volátiles.

A nuestros piés hay una sidrería. Las sidrerías clásicas se hallan en los sótanos.

En cierta ocasión hice el análisis de las emanaciones que se escapan por sus respiraderos.

Hela aquí:

Vapor de sidra	25
Id. de id. transformado	25
Id. de salsa de calamares, lapas y otros moluscos	9
Id. de merleza, atun, etc.	11
Id. de tabaco holandilla y Virginia	18,50
Id. de alquitran	8,50
Id. de amoniaco	3
Vapor de agua	Indicios

Total 100'00

Pero avancemos.

Hé aquí el farolillo que alumbra la bajada al sótano, tan tenebrosa é imponente como la de una mina por pozo coladero.

Una escalera nos ofrece sus dos

barandas en las que uno pone sus manos con doble escama, pues además de la que inspira el descenso los pescadores pasan sus manos por ellas.

Para bajar se requiera buenos piés y para subir excelentes puños.

Deslicémonos, pues, gimnásticamente por aquellas paralelas y nos hallaremos en el sótano.

El rumor y el olor se hallan fuertemente condensados y la luz de un candil que se vé como centro de una gran esfera de humo, parece condensarse también repartiendo oscuridad por todos los rincones.

Corremos los ojos para que se dilaten las pupilas y podamos ver algo al abrirlos de nuevo.

Observemos.

La reunion consta de 20 ó 30 bultos, divididos en dos filas.

Se hallan sentados en bancos y apoyan sus espaldas en las enormes cubas que parecen ser los cimientos del edificio.

Sobre las cubas ha caído un terrible anatema.

Los concurrentes han jurado dejarla sin alma; aunque para ello tengan que perder ellos la cabeza.

Todos hablan en voz alta y acaloradamente. Diríase que hablan de elecciones ó del poder temporal.

Pero no; en todo caso hablarán del poder del temporal, de la Cala grande, de las tresas, de la sardina y del Noroeste.

Atencion, caro lector, el pescador que está sentado al lado de la sidrería acaba de hablar.

¡Horror! Ha pedido el vaso número veinte y cinco.

La expendedora empieza á llenar vasos de sidra que el pescador va cogiendo y entregando al que tiene á

su lado; los cuatro vasos van pasando hasta llegar á manos del que está más lejos de la espita.

En la hilera de enfrente ocurre lo mismo: los dos últimos son los primeros en beber.

¡Que delicada atencion!

Mas esto es tan comun y se repite tantas veces, así en las sidrerías del pueblo como las que hay extramuros que nadie dá importancia á tan fina galantería.

Ocurre lo que con el *escumñac* del más rústico de nuestros aldeanos.

Nadie se fija en que dice, beso á Vd. la mano.

Las sidrerías detienen á veces los pasos de los forasteros.

Por las rejas de los sótanos salen coros de voces entonando con increíble perfeccion los viejos zorricos del país.

En cambio, los que han nacido en él echan á correr, tapándose los oídos al escuchar algunas detestables jotas y tonadillas *sui generis*, de moderna importacion, cantadas en mal castellano y con la mala sombra que tenemos los vascongados para las canciones que no son de la tierra.

¿He dicho algo? Pues basta.

S. B. Z.

DEPÓSITO DE COMERCIO.

Dice el «Irurac-bat»:

«Nuestro ilustrado colega la «Revista mercantil» se ocupa en su último número del proyecto de establecer en esta villa un depósito de Comercio y publica la exposicion que varias casas respetables de la plaza piensan elevar á la Junta provincial de Agricultura, Industria y Comer-

cio, para que esta celosa Corporacion apoye la solicitud que en su día habrá de dirigirse al Gobierno de S. M. pidiendo autorizacion para el establecimiento de dicho depósito.

No dudamos que la Junta, comprendiendo la necesidad y la conveniencia de esos depósitos en una plaza mercantil de la importancia de la nuestra, no solo informará favorablemente sino que coadyuvará por su parte para que se realice tan útil pensamiento.

Felicitemos á nuestro querido colega por su iniciativa en este asunto, que esperamos no ha de tardar en resolverse para que el comercio bilbaino empiece á disfrutar pronto de los beneficios que reportan esos depósitos, evitando los desembolsos de cuantiosas sumas para satisfacer los derechos de los géneros depositados hasta tanto que convenga á los dueños disponer de sus mercancías por haberlos realizado para el consumo en el reino ó para reexportarlos con destino al extranjero, estando en este último caso exento del adeudo de los derechos arancelarios.

Para encarecer las ventajas del proyecto bastará decir que en todos los puertos importantes del extranjero existen tales depósitos, cuya supresion se consideraría altamente perjudicial, porque una larga práctica ha demostrado su grandísima utilidad.

Respecto á los medios prácticos de llevar á cabo el proyecto, reproduciremos lo que sobre el particular dice la «Revista mercantil», con cuyas ideas estamos completamente de acuerdo. Hé aquí sus palabras:

«Los gastos todos que se originan con el planteamiento de un «depósito de comercio» son de cuenta de la

A la una de la tarde del día emplazado ¡amigos míos! el primer domingo en el que se halló Matilde en Madrid, despues de la temporada de baños y de una ligera estancia que hicieron madre é hija en Bayona, yo me personaba en la Iglesia de San Luis.

Matilde se quedó mirándome espantada, como si viera un bicho raro, y yo no cabía en el templo en el colmo de la satisfaccion y de la arrogancia.

—¿Y eso es todo?—gritó Eugenio, levantándose en terrible actitud, y con la voz mas ronca que nunca—¡y por eso has observado tan abominable conducta, durante la cena; y por eso has tratado de asibarrar mi alegría con tu tristeza, mi buen humor con tu bilis, y mi apetito tranquilo con tu voracidad implacable? ¿Son esas todas tus penas, mal amigo?

—Ahora empiezan—exclamó Adrian tristemente,

—Y las voy á contar yo, repuso Perico Velez.

Capítulo III.

DEL PRIMER TRASPIÉ QUE TUVO ADRIAN EN MADRID.

—Señores, dijo Perico, como compañero de cuarto y de glorias; como condiscípulo y, sobre todo, por la estrecha amistad que me une á Adrian desde que fuimos *perdigones* en primer año, conozco y puedo ampliar y proseguir su historia sin dejar nada en el tintero.

—Di en el plato, presidente, que es mas *ad hoc*ado á las circunstancias del actual momento—dijo Eugenio Góico, etcétera.

—Diré en el vaso—y despues de vaciar uno de un trago, y de limpiarse los labios, nos dijo.—Conozco la historia de Adrian, mejor que él mismo y puedo asegurar á ustedes....

—No nos des tratamiento, presidente—dijo Varillas.

—Muchas gracias; puedo aseguraros que no hallo en toda su vida nada que pueda hacerle desgraciado.

—Lo soy Señores. La conciencia me acusa. No hay licor capaz de disolver mis remordimientos.

—La reunion juzgará—dijo Perico—Escuchadme. El mismo día en que Adrian pisaba la corte, se ponía por primera vez de largo,—suplico que os fijéis en este detalle del traje—la niña más encantadora y adorable de cuantas pasaron por delante de la bola verde de la farmacia de Bor-